

XXIX Domingo del T. Ordinario A/2017

Las lecturas de este domingo hablan de la identidad cristiana. Muestran que la historia de la humanidad es dirigida de acuerdo al plan de Dios. Nos invitan a devolver a Dios lo que él le pertenece a través de nuestra historia.

La primera lectura describe el reinado del Rey Ciro sobre la tierra de Babilonia. Muestra que, aunque Ciro era un pagano y no conocía al Dios de Israel, él fue, sin embargo, elegido para que por medio de su reinado pudiera liberar a los niños de Israel.

Lo que este texto nos enseña es que Dios no es indiferente al sufrimiento de su pueblo. Por esa razón, tarde o temprano le liberará. Otra idea es que Dios, con su poder, puede usar cualquier instrumento para lograr el objetivo que desea conseguir. Una idea más es que la historia humana no es neutra; está marcada por las señales de Dios.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús recomienda dar a Dios lo que le pertenece y a César lo que le corresponde. El Evangelio comienza con las preguntas insidiosas de los secuaces de los Fariseos y de algunos del partido de Herodes quienes preguntan a Jesús si era lícito o no pagar el tributo al César. Entonces, relata la respuesta de Jesús quien evita el dilema al recomendar que den a César lo que es suyo y a Dios lo que le pertenece.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la identidad cristiana. Quiero comenzar con esto: Cuando la gente encuentra a una persona por primera vez, a menudo le dicen, "Dígame algo sobre usted".

Tal pregunta ciertamente se refiere a la identidad. De hecho, lo que se pretende con esta pregunta es saber quién es realmente esa persona como individuo; su historia; lo que lo hace único y diferente de otros. Tal pregunta tiene que ver también con identificación, entendida como un proceso por el cual una persona se posiciona en cuanto a los problemas que la gente enfrenta en la sociedad.

La pregunta de identidad tiene una doble ventaja. Primero, permite que el individuo se defina en cuanto a otros. Segundo, permite que sea consciente de sí mismo y de sus convicciones que lo conducen a adoptar tal o cual actitud frente a las situaciones de vida. Por eso, la pregunta sobre la identidad es un recordatorio de la identidad individual y de la identidad colectiva.

De hecho, al acercarse a Jesús para preguntarle sobre los impuestos, los secuaces de los Fariseos buscaban que diera claramente su posición sobre la ocupación romana y la colonización.

Esa pregunta era una trampa, porque tenía un dilema. Si Jesús decía que el tributo a los romanos era lícito, sería acusado de no defender la identidad nacional de los Judíos y, por lo tanto, aprobaba la ocupación romana. En ese sentido, su amor al país estaría en duda y su enseñanza como un líder moral y espiritual de la nación se vería comprometida. Si, al contrario, declaraba que el tributo era ilícito, sería acusado por los romanos como alguien que incita a los judíos a la resistencia civil y a la violencia. En ambos casos, Jesús estaba en una posición muy difícil y cualquier respuesta que diera sería usada contra él.

El único modo para él de evitar tal trampa era responder como lo hizo. De esta manera, Jesús nos enseña que cada cristiano tiene una identidad doble. De hecho, pertenecemos al reino de Dios por nuestra fe en Jesucristo, pero somos también ciudadanos del país al cual pertenecemos. Si negamos esta realidad, caemos en el fanatismo.

A causa de esta identidad doble, tenemos una obligación doble, es decir, con Dios y la Iglesia y con el Estado y nuestro país. Desde esta perspectiva, al realizar nuestras obligaciones sociales y deberes civiles nos hacemos no sólo responsables ante Dios, sino también buenos ciudadanos que dan a César lo que le pertenece. Del mismo modo, nunca debemos evitar realizar nuestros deberes y obligaciones religiosas sea cual sea la razón. Si lo hacemos, no estaremos dando a Dios lo que le pertenece.

Una de las consecuencias de esta doble identidad es que los problemas sociales de las personas se convierten en los problemas de la Iglesia. El hambre y la sed de la gente se hacen el hambre y la sed de la Iglesia. Sea lo que sea los problemas que la gente tiene en la sociedad civil, la Iglesia les trata con interés. En este sentido, tenemos que tratar los problemas de las personas y no evitarlos. Esto es uno de los cimientos de la enseñanza social de la Iglesia. Sería desmentir nuestra doble identidad si no hiciéramos caso de los problemas sociales de la nación y de nuestros semejantes.

Un desafío que afrontamos aquí es cuando la gente no reconoce sus obligaciones civiles, como el pago de impuestos, por ejemplo, el estado los castigará con una penalidad. De esta manera, se sienten obligados a pagar con el fin de evitar el castigo. Con Dios, las cosas son diferentes. La Iglesia no nos castiga si no contribuimos a la vida de la comunidad. Al contrario, apela a nuestra conciencia para que entendamos nuestras obligaciones y deberes espirituales con Dios y su Iglesia. Desde esta perspectiva, nuestra conciencia desempeña un gran papel. El problema, sin embargo, es que para algunas personas, su conciencia se encuentra dormida o indiferente. Es el caso de la gente que no se preocupa en absoluto ni por sus obligaciones espirituales con la Iglesia, ni tampoco por sus obligaciones civiles con el gobierno.

Además, para decir que tenemos una doble identidad, significa también que debemos mantenernos en equilibrio y juicio recto en cuanto a los asuntos que tratamos. Por ejemplo, cuando preguntaron a Jesús si era lícito o no pagar el tributo a César, no cambió de parecer a fin de decir que le dieran el tributo a Dios. Al contrario, reconoció la complejidad de la situación e invitó a sus escuchas a dar a César y a Dios lo que le correspondía a cada cual. Necesitamos este equilibrio hoy más que nunca. El hecho de ser cristianos no significa necesariamente que todos los problemas que tenemos requieren una respuesta religiosa. Cada problema requiere una solución particular según su contenido, su naturaleza y las circunstancias en las cuales aparece y la gente implicada en él.

Ese principio de juicio equilibrado no significa, sin embargo, que nosotros tenemos que sacrificar nuestra fe. Significa solamente que no debemos hacernos ciegos a la complejidad de los problemas y las situaciones que se presentan ante nosotros. Por eso, tenemos que orar para obtener el discernimiento del Espíritu Santo y no seamos cegados e influidos por conceptos erróneos. Oremos para Dios nos dé el discernimiento y hagamos su voluntad. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 45, 1. 4-6; 1 tesalonicenses 1, 1-5; Mateo 22, 15-21

Fecha de la Homilía: el 22 de Octubre de 2017

© 2017 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20171022homilia.pdf